



Con este cloton yo ya sé  
la pantomima que haría.  
(Y hasta me parece que  
sé quien la denunciaria.)



## Crónica

El calor ¡ay! empieza á hacer de las suyas, lustreando nuestra piel con sudor natural.

Algunos hombres, escandalosamente morenos, causan la admiración de los que pasan á su lado.

—Pero, señor Negrilla, —les dicen sus amigos—abusa V. en su tocado del betún Nu-bián, y eso no es muy decoroso, que digamos.

—Ca, no señor—contesta él riéndose del chasco:—es que yo soy así; acostumbro á sudar pez los domingos y los días de trabajo, y como no hay ninguna ley que lo prohíba...

—¡Caramba! ¡qué lástima que no se vuelva usted calamar!

—¿Por qué?

—Porque haría V. una salsa deliciosa.

Muchas niñas en estado de recibir, ó de meracer, estrenan estos días trajecitos muy vistosos, para atrapar con ellos novios de buenas prendas, y consiguen flechar á alguno que las tiene empeñadas, ó que se engalana con plumas ajenas, vamos, que no lleva encima más que prendas prestadas.

Claro que encima—dirán Vds.—porque interiormente...

¡Ay, carísimos lectores, qué útil sería en estos casos una *requisita*!

¡Cuan conveniente sería que los chicos casaderos, por bien exteriorizados que se presentaran, fueran examinados antes de entrar en fuego, ó en relaciones amorosas, por un tribunal compuesto de señoras prácticas, presidido por la mamá de la pretendida, que los despojase de sus trajecitos, estudiándolos á fondo, vamos, vestidos únicamente con su ropa blanca!

Entonces podrían conocerse por anticipado las costumbres y defectos de que adolecen.

—Arturito no te conviene para esposo—diría alguna madre á su hija.

—¿Por qué?

—Porque no es nada aseado. Ya ves: según hemos observado, se limpia las narices con el faldón delantero de la camisa...

—¡Ay! ¿quién lo había de decir? ¿Y el otro pretendiente?

—¡Uf! No me hables de él. Ese todavía te conviene menos. Es de lo menos curioso que se conoce. Por lo visto, se sienta en cualquier parte. Figúrate que lleva los calzoncillos amarillos...

—¿Amarillos? Es que está de moda el color crema.

—¡Buena crema le de Dios! ¡Si vieras por dónde amarillean...!

—Mamá, por Dios, sé benigna con él.

—¡Benigna con un hombre que se llama Cacaseno!

—¡Caballero, Vd. no ha nacido para mi

hija!—exclamaria alguna señora, dispuesta á no ejercer de suegra.

—¿Cómo que no, si nací bajo el signo de Tauro?

—Igual que si el Zodiaco le hubiese amparado con el de Capricornio.

—Doña Escolástica, mujer cruel, necesito que Vd. me explique...

—Seré breve. Lleva Vd. rota la pretina de los calzoncillos, y yo que soy seis veces viuda, sé que esa rotura es fatal y trae pésimas consecuencias.

Esto de las pretinas daría mucho juego.

A algunos mancebos los desearían por usarla demasiado larga.

A otros por demasiado corta.

Y á quien, tal vez, por no usarla del uno ni del otro modo.

\*\*\*

Las carreras de caballos celebradas el domingo estuvieron muy concurridas.

Los gomosos corrieron por la pista dándose pisto, las horizontales, casi en la postura que designa su nombre, tomaron *champagne* dentro de sus coches, poniendo en berlina á los que pagaban, y en las apuertas hicieron su agosto en pleno mayo los *puntos* afortunados.

—¿Quién se volviera jaca!—decía una solterona ya pasada á un caballero muy pesado, su vecino de tribuna.

—¿Quién fuera entonces *jockey*—contestó éste suspirando muy hondo.

—La mejor *carrera*—prosiguió aquella; pasando por alto la *galantería* del buen señor—es hoy la de las jacas. ¡Qué modo de ganar dinero! ¿Ve V. aquella? En un año ha arruinado á tres capitalistas.

—Si que lo creo. Es hermosa y tiene un aire bastante distinguido y un pectoral muy desarrollado.

—Me parece que está usted distraído. ¿De quién habla?

—De aquella señora del *landeau*.

—Si hablo de aquella jaca que llega á la meta en este instante...

—¡Ah!, creía... pero, en fin, algo hay de analogía. La suerte de las mujeres, es como la de las jacas: depende muchas veces de su estampa y de la ligereza de sus piernas.

Muchas casadas están estos días contentísimas.

—Porque—dicen ellas—la vispera de la carrera, montó, para ensayar, mi marido, y como monta tan pocas veces, y yo gozo tanto viéndole montado...

¡Oh, almas inocentes!

Con qué poca cosa gozan las mujeres casadas.

Tan solo con que monte su marido.

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

## Buscando nido

—¡Portera, portera!

—¿Qué?

—Ver el cuarto, ¿se podrá?

—Si, que se puede; aquí está

la llave; véalo usted.



¿Te disgustó la portera?  
—No, es sólo que la escalera...  
—Si, está un poquito empinada.

Llegan pasado un momento al cuarto; una vez allí, Y suben Luisa y Antonio la escalera á toda prisa, porque van Antonio y Luisa á contraer matrimonio.

—¿Qué es eso, no dices nada? él abre la puerta y pasan al recibimiento.

—Esta es la sala, no es mala.  
—Mira, aquí recibiremos...  
—Donde tú quieras; pasemos á la alcoba de la sala.  
—Aquí en este lado el lecho.  
¿Te parece, vida mía?  
—Si, pero me parecía

un poco bajo de techo.

—No, mujer, si es desahogada; cuando sea tu marido...  
(Ella dice algo al oído y ella se pone encarnada).

Cruzan por un corredor, él con intención la mira. Ella, sonríe, suspira. y, entran en el comedor.

—Es muy pequeña esta pieza, y ni movernos podremos.  
—Así no nos tiraremos los platos á la cabeza.

—La cocina, pues, no es mala.  
—Y cuántas piezas son.

—Diez.

—Son pocas.

—Ven otra vez á la alcoba de la sala.

Se oye ruido en la escalera cuando él vá á ofrecerle el brazo después un campanillazo [zo, y la voz de la portera.

Les pido á ustedes perdón; soy yo tan tonta, usted sabe...  
—¿Qué ocurre?

—Que di la llave y ha sido una distracción. Porque no hace un cuarto de á ver el piso han subido [hora un joven muy distinguido en unión de una señora.  
—¿Y no les pareció mal?  
—Dijeron que era un encanto. En fin, que les gustó tanto... que... mire usted la señal.

CELSO LUCIO.

## La Ciega

Resguardándose del frío glacial de la noche aquella, medio la vi acurrucada en el umbral de la puerta.

Ya sabía yo que no podía faltar la ciega de aquel sitio á aquellas horas, donde las pasaba muertas.

Silenciosa, tendida hácia el transeunte la diestra, huía de él cuando huían de la noche las tinieblas.

Ni la lluvia impetuosa, ni el fragor de la tormenta, ni del viento el soplo helado, ni la escarcha, ni la niebla hicieron una vez sola que el dintel de aquella puerta se viese desalojado, por las noches, de la ciega.

Siempre en él, no parecía sino que aquel rincón era para ella un trono: ¡el trono del reino de la miseria!

—¿Con qué fuerza se agolpaban en mi mente las ideas sugendradas al calor

sofocante de la fiesta!

¿Cómo el corazón latía, llevando en su fondo impresas las sensaciones ardientes que en él dejaron las bellas!

Vivo en el alma el deseo, la sangre hirviendo en las venas y en lucha horrible con el espíritu la materia...

repercutió en mis oídos una tosecilla seca, salida del aún más seco pecho de la pobre ciega.

¿Qué contrastes de la vida! ¡qué irritantes diferencias entre los hombres, estando los unos de otros tan cerca!

Rien los ricos sus goces, lloran los pobres sus penas... Y á todo esto, ¡qué frío hacía la noche aquella!

Detuve el paso un instante, por darle á Dios una muestra de caritativo, dando un perro chico á la ciega.

—Tome usted, y hasta mañana de regreso de la fiesta.

—¿Vienes del baile?—Del baile de casa de la marquesa.

—¿Y te has divertido?—Mucho.

—¿Con tu novia?—¡Está V. fresca!

—¿No la tienes?—Ni la quiero.

—Déjame que no lo crea.

—¿Por qué?—Porque no es posible

que un mozo de tu presencia viva en el mundo sin una mujercita que le quiera.

—Muchas gracias; pero... ¡usted

no es la ciega!...—¿Yo la ciega?

¡Vamos, hombre, que te calles; si por ojos tengo estrellas!

—¿Y la ciega, donde está?

—En el hospital enferma.

—El frío la habrá matado.

—Entre el frío y la miseria.

—¡Era tan buena la pobre!

—¡Y era la pobre tan vieja!

—Usted es joven.—Ya lo ves.

—¿Y usted pide?—Como ella;

¡pero yo no me contento

con menos de dos pesetas!

DANIEL BLANCO.

## La mujer del cochero

Pues señor, ya no debe tardar apenas; el deseo me impide que tenga calma; que me hierva la sangre sienta en las venas, y un placer infinito dentro del alma.

¡La mujer del cochero de mi señora!... Yo ya sé que á mi rango no corresponde; mas quién soy, de seguro que ella lo ignora... ¿Llevo en la frente escrito que soy el conde?...

Ya viene... ya se acerca... ¡por poseída!...

(¡Ha tenido el cochero gusto exquisito!)

—Ya me hallaba impaciente, prenda querida, por admirar las gracias de tu palmito.

—¿No te llamas Teresa?—Sí; ese es mi nombre.

—Pues eres tú de todas la más hermosa, y á tu marido envidio, pues será el hombre al que harás la existencia dulce y dichosa.



DISTRACCIONES INOCENTES, POR LAGO.



—¿Que no pierda ya la calma?  
¿Que por qué me enfado y grito?  
¡Si me ha metido hasta el alma  
ese instrumento maldito!



E PUR SI MUOVE, POR REYU.



«...Y sabrás que te adoro á pesar del bruto de tu mando. ¿Por qué no vienes? Carlos.»



—Si iré, sí; pero será para echarle en cara su proceder. ¡Desvergonzado! ¡Infamel...



Y Leonor, justamente incomodada, se fué á vestir para ir á verle; á ponerle de sin vergüenza hasta que no pudiera más.



Poniéndose, por lo que pudiera tronar, las medias de seda, y unas ligas capaces de enlazar al mismísimo diablo.



—¡Ay, si así fuera!...—¿Cómo? ¿No satisface tu belleza á tu esposo?—No ha satisfecho, cuando á otra mujer ama. Y eso me hace faltar á mis deberes .. ¡Sólo el despecho!

Sí: ¡yo quiero vengarme!—Justo castigo que debes aplicarle.—¡Celosa y ciega!...  
—No te enfades, monina, porque conmigo

tendrás cariño y todo lo que él te niega.

Da olvido á ese esposo, que estará donde unos labios impuros sin duda besa.

—Es coquero en la casa de un señor conde

—Y allí ¿con quién te engaña?

—¡Con la condesa!

ALONSO MUÑOZ.

## ¡ Chist !...

Todo lo sé, chiquilla:  
sé que en amores  
estás con un teniente  
de cazadores,  
que luce en los paseos  
su real persona  
y debe ochenta duros  
á la patrona.  
Sé que el tal te ha jurado  
ser tu marido,  
y que tú, como siempre,  
te lo has creído.  
Sé que ayer despediste  
á tu portera,  
porque tiene una chica

muy hechicera,  
y tu novio la toma  
como de casa,  
hasta el punto que dicen  
si se propasa.  
Sé también que tu padre  
odia al teniente  
y es fácil, si lo pesca,  
que lo reviente,  
pues sabe que es un joven  
de poco juicio,  
á quien las modistillas  
sacan de quicio.  
Sé, por fin, y es lo grave,  
que es tan osado,

que á todo el mundo dice  
¡que te ha besado!

Si es que quieres vengarte,  
celosa y ciega,  
yo te juro ofrecerte  
lo que él te niega.  
Ven hacia mí, lucero,  
que el alma mía  
te proclama la perla  
de Andalucía.  
Ya verás cuán dichosa  
serás conmigo...  
Porque yo me propaso  
¡más no lo digo!

EDMUNDO DE C. BONET.

## Pedro y Petra

Regresaban del bosque con las manos llenas de florecillas campestres.

Ella tenía quince años y él dieciseis.

Aunque los dos estaban en la edad en que se despiertan los instintos, no se dieron ni un solo beso durante la larga excursión; y si los árboles hablaran, únicamente podrían contar que habían visto a los dos jóvenes correr tras las mariposas y formar ramos de amapolas, margaritas y violetas...

Volvían contentos, muy contentos. La alegría de él, sobre todo, era más ruidosa, más espontánea que la de su compañera, cuyo rostro expresaba á intervalos ciertas turbaciones... Tal vez se preguntaba á sí misma: ¿Cómo es que Pedro, tan aficionado á coger flores, no se fijó en mis labios y en mis mejillas? Pero, no; no era posible que Petra pensase de este modo. Era demasiado inocente para extrañar la timidez del pobre muchacho.

\*\*\*

Este, de pronto, dió un fuerte grito. Hallábase cerca del riachuelo, el cual tenían que atravesar para volver á sus casas, y vieron con espanto que el fragil puentecillo, formado por largo tablón de madera, había desaparecido de allí. El viento ó algún mal intencionado habría sido la causa de aquel con-

tratiempo, con el cual no contaban los dos jóvenes seguramente.

Sólo entonces se acordaron de que sus padres les habían prohibido alejarse de ellos y de que era la hora del almuerzo. Para encontrar otro paso tenían que andar más de media legua...

¿Qué hacer? ¿Atravesarían el riachuelo, con el agua hasta la cintura? ¡Imposible! ¿Qué iba a suceder cuando sus familias les vieran llegar con las ropas empapadas?...

Pedro se puso rojo de cólera. Petra, afigida, prorrumpió en llanto.

\*\*\*

Pero á los pocos segundos lanzó él una exclamación de gozo. Mirando hacia la orilla opuesta, acababa de fijarse en un bote vacío, cuyas amarras estaban enrolladas al tronco de un árbol. No tenía más que desnudarse, echarse al agua, é ir á nado en busca de aquel medio de salvación... ¡Cuestión de cinco minutos!

De un brusco movimiento, se despojó Pedro de la chaquetilla.

Pero Petra le miró, y poniéndose encarnada hasta el blanco de los ojos, más encarnada aún que las amapolas que en el delantal llevaba, dijo con acento entrecortado:

—Pero... ¿vas á desnudarte delante de mí?

—Y ¿qué quieres que haga? Hemos de volver á casa .. Cierra los ojos .. ponte detrás de esa peña y...



—Es verdad: no se me había ocurrido, respondió la joven tranquilizándose.

Y dicho y hecho. En menos de un minuto, quedóse Pedro en el más primitivo de los trajes. Dejó en la orilla la ropa, para vestirse al regreso, y metiéndose en el agua, avanzó con precaución.

Era el chico robusto, esbelto, blanco, de anchas espaldas y hermosa musculatura. Pero esto no debió verlo Petra, que juzgando inútil esconderse detrás del peñasco, había

quedado en la orilla, bien que poniéndose ante los cerrados ojos los dedos apretados, á manera de venda.

Ella no debió verlo; pero se puso de nuevo muy encarnada. Y cuentan las crónicas que cuando Pedro, ya desatado el bote se puso, por un exceso de delicadeza á remar de espaldas á su prima, esta, con las manos ante los ojos, gritóle con dulzura:

—Ya sabes que no miro... De modo que si te es incómodo el remar así, puedes ponerte de frente.

C. MÉNDEZ.

## A Juan.

¿Sabes, Juan, mi situación?

¿No sabes lo que me pasa?

Pues no lo tomes á guasa

y escucha con atención.

Después, con tu buen criterio, el asunto estudiarás;

y si lo estudias, ¡verás

que es un asunto muy serio!

Tan serio, que al enterarte

de su importancia y riqueza,

vas á decir con presteza:

«¡Quién pudiera tomar parte!»

Encuéntrome enamorado

de una vecina divina,

y se llama esta vecina

Rosa Cabral de Collado.

(Por ese *de*, la tal Rosa

comprenderás que es casada,

¡que es la parte lastimada;

quiero decir, lastimosa!

¡No sabes lo linda y bella

que es mi vecina Cabral!

(Ella habita el principal

y yo habito encima de ella.)

Pasamos el día entero

asomados al balcón;

ella me dice: ¡pichón!

y yo la digo: ¡lucero!

Por supuesto, por lo bajo,

y con mirada furtiva...

ella, mirando hacia arriba

y yo, mirando hacia abajo...

Y por mucho que queramos

disimular nuestro afán,

¡algunos lo notarán!...

¡Qué envidia no les daremos!...

(Los que no han notado nada

son el esposo de Rosa,

que está en Rusia, ni mi esposa,

por demasiado confiada).

Pues bien: hoy se me cayó

al balcón de mi vecina

un pañuelito, y la indina

el pañuelo se guardó.

Yo al punto... se lo pedí;

me contestó que bajara

y que enseguida que entrara me lo daría; y fué así.

Bajé, llamé, entré; y al pun-  
to...

¡aquí entra lo interesante!...

¡la parte más culminante

de este *peñagudo* asunto!...

Como decía, llamé;

Rosa la puerta me abrió,

enseguida la cerró,

con ella á solas quedé.

¡Qué facciones!... ¡qué atrac-  
tivos!

Yo me fuí... me fuí arrimando...

¡Pues... si te sigo contando...

vás á perder los estribos!...

¿Si el pañuelo me entregó?

me preguntarás de fijo.

¡Qué preguntas tienes, hijo!...

¡Pues claro que me lo dió!...

C. ROLAZA.

## Chismes y cuentos

El Sr. Gonzalez Solesio se ha ido...

¡Gracias á Dios! ¡Váyase Vd. y no vuelva!

Pero, atento y cumplido ante todo, el señor Gobernador no ha querido marcharse sin dejarnos una muestra más de su fineza.

¿Y saben Vdes. qué ha hecho? Ha ido, ha cojido... y ha denunciado por entero el último número de EL CHISME. Las composiciones, una por una, las láminas... todo el número, en fin, ha sido objeto de sus caricias paternales.

Es decir, todo el número no; porque, por una muestra de clemencia, que yo agradezco, se han olvidado de denunciar la cabecera y el pie de imprenta.

Que es la fineza de que les hablaba á Vdes antes.

Y que yo agradezco al señor ex-gobernador en lo mucho que vale.



En la carnicería:

—Si no se lleva usted la lengua, le subo la falda de vaca.

—Bueno; pues súbame la falda, pero deme usted la lengua.

## Correspondencia

D. P.—Gijón.—¡Digo, si son atroces estos niños procaces y precoces!

Antoñito.—Madrid.—Que él la diera un beso *sonoroso*... pase. ¡Vaya por la *sonoridad*! Pero que ella le diera un *vofetón*... ¡Vamos, que ya se lo daría con él, que es como se dan esas cesas en tierra de cristianos!

Demontre.—Eso iba yo á decir ahora mismo: ¡Demontre... que cursi es estol!

C. J.—Barcelona.—Un consejo: no dispense Vd. nunca *onra* sin *h*. ¡Porque es dispensar una honra muy disparatada!

Feco Pica.—Aquellos del consonante á *trabajo* es atroz; lo que se llama atroz. En cambio lo otro... no puede negarse que es más atroz todavía.

Manolita.—Irún.—No sirve.

Pichardo.—Idem de lienzo.

D. J.—Madrid.—Lo mismo digo.

A. C.—Barcelona.—Tampoco sirve nada.

(¡Vaya una semanita desgraciada!)

Un chaleco.—Es verde, muy verde; tan verde que... En fin, cuando yo lo rechazo por verde...

NOTA.—Quedan 8.456.326 cartas y media sin contestar.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.



COSAS DEL CAMPO, POR CHISMITO.



El campo del honor.

El de todo lo contrario.

# ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO  
DE

**EL CHISME**

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE **EL CHISME**

EN LA CORUÑA

D. TOMAS LABANDEIRA

Torre, núm. 23, bajas.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

✦ **EL CHISME** ✦

EN VALENCIA

D. Julian Peris Mencheta

Entenza, numero 40

UNICO EXPENDEDOR  
AL POR MAYOR

DE

✦ **EL CHISME** ✦

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente a la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

✦ **EL CHISME** ✦

EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL

CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

✦ **EL CHISME** ✦

EN CADIZ

D. JUAN RUBIO LOPEZ

Sacramento, número 25

# EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 13, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

✦ Número suelto. . . . . 10 céntimos. ✦  
Id. atrasado. . . . . 25